

### PALABRAS FINALES DE UN RECTOR\*

Mi joven y eterna Universidad:

Yo debería haber llegado a estos patios pertrechado con mis mejores armas de retórica y de claro pensamiento. Debería haber previsto que la emoción derrumbaría mis palabras al pisar de nuevo los corredores del Colegio Civil, a donde en años remotos lleno de fe y de esperanza, conmovido y respetuoso, llegué a sus puertas para iniciar mis estudios de enseñanza superior.

Nada iguala la emoción que he sentido hoy al verme de nuevo frente a las tradiciones y a los venerables maestros de esta Casa, que guarda los recuerdos y las inquietudes del adolescente y donde encarnan tantos bellos ideales. He preferido, sin embargo, exponerme a una emoción que brota sin artificio, surgida de la vivencia que tenemos los universitarios y yo de esta obra en común. He preferido que mi pensamiento surja de una intención directa ante los hechos, no elaborada de antemano; y que reproduzca la virtud de aquella inserción de mí mismo en la superior voz de las generaciones todavía viva en las aulas, patios, muros y bardas añosas del ilustre Colegio que es hoy la Universidad de Nuevo León. Voz unánime, múltiple, clamorosa, que recoge los afanes de la convivencia escolar y que aspira el aliento de la juventud cual nueva savia que trepa por las ramas de la vida.

Que en cierta forma haya podido yo obtener éxitos y ganar prestigio para nuestra Casa, es obra de esa fuerza que me poseía y que representa la comunión en el afán de la juventud generosa de mi Estado; la misma que me proporciona la devoción de los maestros de mi Casa; la que procedía de la seguridad que al través de maestros y de juventud, mi vida y mi voz serían simple y sencillamente pueblo, vida y voz de México.

\* Discurso pronunciado por el Lic. Raúl Rangel Frías en los patios del Colegio Civil la noche del 17 de Abril de 1955, con motivo de la cena de despedida que le hizo la Universidad al separarse del cargo para iniciar su campaña a la gubernatura del Estado.

Fué ese mismo impulso que me hizo acudir a las aulas de esta Casa y que me ponía trémulo al reconocer desde entonces la cita con una vida superior del destino, a la cual me ha rendido y me he humillado respetuoso de la ley espiritual suprema que gobierna a los hombres y a las comunidades. Quizá no haya habido un joven en el pasado, ni un hombre en el presente con menos facultades personales por las cuales reclamar derechos y servir con más devoción sus propias obligaciones. Seguro estaba entonces, como estoy cierto el día de hoy, que por encima de las debilidades y de las potencias de los hombres gobierna una dirección y un sentido espiritual de los acontecimientos, certeza a la que ayer se rindieron mis facultades, las potencias mismas de mi ser para entregarme como lo hago hoy al nuevo curso de la vida que me pone al servicio de la Patria.

Ayer de estudiante —gloriosos días aquellos de la vida juvenil— como lo declaro con satisfacción en los patios de la vieja escuela que guarda mis recuerdos juveniles, tuve el orgullo y la satisfacción de haber presidido la Sociedad de Alumnos del Colegio Civil del Estado, como años después los destinos de la Federación de Estudiantes de Nuevo León.

Más tarde, en épocas agitadas y conmovidas de mi Universidad, la de aquí y la de allá, la misma, la de todos los mexicanos, presté mi esfuerzo, mi pensamiento y mi palabra a movimientos estudiantiles que representaban la verdad de una protesta juvenil. Llegué alguna vez, con legítimo orgullo, a ejercer de Consejero Estudiantil por la Facultad de Derecho en el Consejo Universitario de la Nacional Autónoma de México; y serví también una cátedra en la Casa Mayor Universitaria de nuestro país.

Cuando hube de emprender por el mismo sentido de los acontecimientos y el mismo rumbo de la historia que se impone a los hombres, el camino de regreso a mi hogar, a la ciudad amada; cuando estuve de nuevo en Mon-

terrey de mis años adolescentes llenos de ensueño y de cariño; entonces, otra vez la misma voz, la vieja voz, la eterna voz colectiva de pueblo que me guía, enderezó mis pasos por los senderos de la Universidad de Nuevo León. Me puso aquí y allá: en la Facultad de Derecho, en la Escuela Nocturna de Bachilleres, en el Departamento de Acción Social Universitaria; y luego, con qué palabras difíciles pronuncio: en la Rectoría de la Universidad de Nuevo León. Con qué palabras difíciles, casi llenas de dolor, escucho hoy que se me llama Ex-Rector de la Universidad de Nuevo León; palabras que yo no había creído que pudiera soportar, que parecen cortar de tajo todo el pasado frente a todo el porvenir, palabras que señalan un vacío y un hueco; que me resultan de una íntima pena en este sitio, que guarda junto a los viejos recuerdos, las esperanzas, la simpatía, los anhelos de un Rector que no quiso ser entre los estudiantes sino uno más, el adelantado de todos ellos, y entre los maestros sino uno menos, aquel que tenía la obligación de servirles.

En esta cuadrícula de nuestro viejo patio del Colegio Civil del Estado, he venido a pronunciar mis palabras de despedida; se dice despedida con fácil naturalidad; podrá yo despedirme de la Universidad de Nuevo León? podrá ser cierto que en esta noche yo haya venido a despedirme de esta juventud generosa, de estos maestros abnegados, de esta Casa que es mi vida? En medio de esta noche magnífica mienten las estrellas si responden que yo me voy a despedir de la Universidad de Nuevo León. Podrá existir en términos generales, una distancia; podrá en el tiempo establecerse un cierto olvido; pero hay en la esencia misma de la vida cosas eternas y definitivas y con esas cosas eternas y definitivas yo estoy solemnemente enlazado. Y esto que declaro hoy es la confesión del estudiante de ayer, del incipiente maestro de apenas hace poco y del Rector que fué vuestro amigo, enlazado en forma tal a su propia Casa, que sólo destruyéndose su vida podría derrumbarse su fe y su esperanza en la Universidad.

La convicción de un hombre puede llegar a quebrarse, los propósitos de un día pueden sufrir un giro nuevo en presencia de otros acontecimientos, pero para aquellos que desde la juventud y aun antes desde la adolescencia, hemos obedecido aquellas voces que obligan la vida, voces del destino, que se dejan escuchar como sucede al hombre de campo a distancias formidables con el paso más ligero por la campiña, pegado el oído en la tierra; las voces de la sangre y del espíritu del pueblo no pueden ser cambiadas jamás. A esas voces —destino que me ha llamado inexorablemente por encima de mis potencias y de mis debilidades a entregarme a causas superiores, en forma permanente y definitiva; a esas voces, que no se les puede traicionar ni hay fuerza capaz de quebrarlas en ningún instante, estuve entregado. Estoy y estaré siempre entregado a esa corriente poderosa, a esa savia fecunda que viene desde las más hondas raíces de mi pueblo. Porque he creído en ellas es por lo que he creído en la Universidad.

Si yo pensara que la Universidad de Nuevo León es tan sólo un conjunto de recursos adjetivos, de procedimientos técnicos, de medios para adiestrar a los hombres, no tendría esta pasión; no hubiera podido entregarme a ella en la forma devota y humilde que lo he hecho. Siempre he considerado que el tesoro máspreciado, la misión verdadera de la institución universitaria consiste en proveer a los hombres de un sentido de la vida, antes que de unas armas con las cuales realizar provechos propios y ajenos. Siempre he creído que la cultura, en la cual está el aliento de la misión universitaria es una corriente, un espíritu, una fuerza que presta alma a los procedimientos técnicos, a los medios de adiestramiento, a las capacidades, —a que provee también la Universidad—, pero frente a las cuales recoge y conserva su substancia de humanidad.

Por valiosos y necesarios como lo son y debemos declarar que lo son positivamente, todos los procedimientos de la técnica derivados del cultivo de la ciencia, todos los

medios de adiestramiento personal y colectivo, la Universidad representa algo más, algo más allá siempre y en cada momento de esa perfección. Representa, en primer lugar ¡ay de la Universidad que olvide esto! representa la carne misma de la palabra como esencia moral del hombre, como vaso y ofrenda de la inteligencia, de la emoción y de la libertad.

Aunque pueda quedar comprometida en turbias empresas, es siempre la expresión y el espejo humano; palabra, voz, lenguaje, que no hemos fabricado los hombres del día de hoy, que la recogemos tras de un largo esfuerzo humano; y representa el triunfo del hombre —aspiración a lo infinito y negación de la naturaleza en la historia de la libertad— del hombre que mediante la palabra fué capaz de inventar la filosofía y la ciencia.

La palabra, que en otros giros de la historia ha tenido capacidad de transportar la llama inflamada de las libertades públicas, sangre que malgastamos día a día en oficios y menesteres de índole ordinaria, pero que conserva y engrandece el poeta y el hombre de letras y que es el alma del aula, de la expresión humana, de la transmisión y grandeza de nuestros conocimientos, virtud de la enseñanza, íntegra desde las primeras letras hasta la última instancia de la educación superior.

A la palabra, que debemos respetar como uno de los vasos sagrados que llevan de generación en generación los hombres, donde se vierten las voces de la filosofía y de la ciencia, desde la tradición griega hasta el presente, se deben consagrar los esfuerzos más sólidos de nuestro espíritu por su perfeccionamiento y, encima de todo, por su verdad.

La palabra misma sin embargo puede ser pervertida en oficios retóricos y adulterada por la técnica o empobrecida por intenciones que llevan consigo la pérdida de la condición humana. Si debe servir y dirigir la auténtica cultura humana, como encarnación de la historia y de los esfuerzos de la ciencia, del pensamiento filosófi-

co y de la técnica, ella misma se subordina a los valores más altos de la verdad y de la libertad.

La cultura en que se representa todo esfuerzo humano es un modo sustantivo de la vida, una incorporación del ser mismo y no sólo lujo u ornato del espíritu; y en nuestra Patria, particularmente, es algo más: pan y vida de los hombres. Verdadera cultura es fundamentalmente aquello que la acepción del término indica, el cuidado, la elevación y el perfeccionamiento del ser humano; y comienza por entender que sin las básicas funciones de la economía y de los procesos sociales, sin la más elemental simpatía por la vida que crece, no puede aspirar a representar con palabras engañosas un sentido contrario de aquel que se constituye precisamente por esas situaciones fundamentales.

La Universidad que es palabra y cultura, debe reconocer por encima de todo que es la verdad y la libertad de esa cultura; pan nutritivo, en efecto y no simple retórica vana; último tramo en el que se cierra el ciclo vital que comienza por el cultivo de los campos y termina por la enseñanza de las letras, verdad y libertad como vida de nuestro pueblo.

Significa la cultura algo más que el conocimiento cuidadoso y detallado de la historia, de la organización de la materia o de la vida. Consiste en la transmisión de la sangre y del espíritu, en la concesión de unas generaciones a otras, de fuerza, de capacidad para seguir actuando. No puede ignorar las adversidades, los dolores, los sacrificios colectivos con los cuales está hecha, con los cuales está construido el último piso del pensamiento humano. Es espíritu, solidaria y profundamente responsable de las raíces de que se nutre, que consisten de sufrimiento, hambre, pena y lucha, lucha en que las palabras abandonan a los hombres. ¡Qué espectáculo ver a nuestros campesinos! Qué espectáculo lleno de advertencias para los intelectuales de México, ver nuestros campesinos abandonados de palabras. No tienen la riqueza de la re-

tórica pero a ellos debemos fundamentalmente el caudal de que disfrutamos, la vieja cultura clásica de nuestro recreo.

No olvidemos nunca la lección de la historia y del presente; la lección de culturas desarraigadas que acaban por morir, entristecidas por la falta de una savia que venga desde abajo, cortadas del aliento vital que les proporciona volver a la tierra el grano fecundo que los campos han logrado alzar entre los surcos para beneficio de los hombres. No olvidemos, mi Universidad, la responsabilidad que tenemos con nuestro país, ante nuestra Patria. No olvidemos que podemos representar flor de un instante, fragancia momentánea, si no llevamos nuestra palabra, nuestra verdad, nuestra vida, en obligado regreso de fecundación a esa corriente subterránea, a esa savia que alimenta y que lleva hasta lo más delicado del follaje su mensaje de nutrición y de belleza.

No olvidemos, mi Universidad, mantenernos en contacto y adheridos a los problemas sociales, a las adversidades de nuestro campo, a los sacrificios de nuestros obreros, a las dificultades de nuestra clase media. No olvidemos que la juventud nos proporciona a nosotros los maestros el sentido y el rumbo de la historia; y que si tenemos la obligación de poner en sus manos las letras, el pensamiento y la ciencia, la propia juventud tiene el mensaje que debe fecundar esas letras, para que entre unos y otros podamos integrar la verdad fecunda, la verdad completa, la verdad auténtica. Una verdad que no sea el provecho ni el patrimonio de unos o de otros, que sea capaz de cobijarnos entre esperanzas y derrotas como esta bóveda inmensa de la noche en que se anuncian los luceros del alba.

Al decir estas palabras como mi mensaje final, quiero que representen el íntimo sentimiento de un hombre que no se despide de la Universidad; que se aleja, pero que estará ahí a cierta distancia y en momento diferente, presente en la responsabilidad que asume hoy, que no es

sino la continuación de la responsabilidad anterior; un hombre que no encuentra distancias, tiempos y mucho menos vacíos entre su vida de estudiante, de maestro, de Rector y la responsabilidad que como ciudadano tiene la obligación de ejercer el día de hoy. Que si ha habido alguna verdad en sus palabras, es porque esas palabras han estado forjadas en el contraste de la resistencia y del ímpetu dentro de la comunidad universitaria; que tiene la más profunda fe en la Universidad de Nuevo León, no como institución particular sino como aquel sitio donde se escucha la voz clamorosa, unánime y múltiple de su pueblo; de un hombre que ahí, en esa Universidad, sintió los pasos de un destino que le reclamaba entregarse al servicio de su pueblo y que para entregarse a ese servicio comenzó por hacerlo a favor de la juventud, tratando de ser adelantado y compañero de ella y el servidor de sus maestros.

Este hombre que no se despide hoy, ni mañana ni nunca, porque tiene el derecho y lo reclama desde hoy para siempre, el pleno derecho, de volver a repetir sus pasos desde la puerta de entrada hasta la última barda de este patio, de repetir sus pasos de universitario y pasar y luchar por su Casa, este hombre considera que tal privilegio se lo ha ganado y nadie se lo puede quitar, por sus años juveniles, por sus horas de maestro y finalmente porque se lo ha impuesto la adhesión, el afecto, y la simpatía que los universitarios le brindaron cuando fué su Rector.

¿Acaso es distinto haber sido el Rector de la Universidad, que ser uno de los estudiantes de la misma, uno de sus maestros o cualquiera de sus funcionarios? Mi Universidad va conmigo, ella no me dejará. Hay vocaciones que el hombre no puede dejar y la mía más limpia y transparente ha sido la de maestro. Ese patrimonio, ninguno de los azares de la vida puede arrebátarmelo; por ello, aquí junto a vosotros os pido que me acompañéis en el sentimiento de un hombre que no puede decir la palabra final de despedida. Para él, la Universidad es

como una dimensión de su vida espiritual. Cuando este hombre triunfe o fracase no reclamará ningún otro derecho, otra gratitud, que se le reconozca como un leal y antiguo alumno del Colegio Civil.

## INTENCION DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE NUEVO LEON

La idea de la Ciudad Universitaria tiene su justificación más allá del simple propósito de construir cómodos y bellos edificios. Nace de la confrontación de problemas actuales, a la vez que de una proyección que se adelanta a los riesgos del futuro inmediato.

La Universidad de Nuevo León, núcleo central de ese proyecto, ha crecido desproporcionalmente a sus recursos, con un progreso que es consecuencia de las transformaciones sociales, económicas y políticas de México, de particulares manifestaciones en la región norte del país. Todos los recursos que hoy posee para desempeñar su misión, desde edificios, elementos financieros, hasta equipo técnico, representan la adaptación de cosas y de procedimientos de hace cincuenta años a las necesidades de hoy.

Tan importante para la transformación social de un pueblo es la rehabilitación económica de sus empresas públicas y privadas (transportes, irrigación o energía eléctrica), como las Universidades, que son centros de energía potencial en relación con la riqueza básica: el hombre mismo.

La rehabilitación de las Universidades mexicanas depende del trazo de un plan bien meditado para redistribuir la función nacional de la cultura, entre las diversas regiones de México. Este plan ha sido trazado ya y una de las claves del mismo, en la perspectiva provinciana, es la creación de una vigorosa y eficaz Universidad del Norte.

Para esta Universidad se han proyectado los correspondientes espacios físico, técnico y espiritual, adecuados a la idea, cuya representación gráfica se pretende desplegar en este cuaderno.

La idea que preside la proyección del mencionado Centro consiste en dotar de un domicilio a las complejas